

*La muerte es fijación en el modo de ser que uno
ha definitivamente logrado y ha querido libremente lograr.*

El “eskhaton” lo último, es algo decidido por la libertad.

*Lo que será de mi en el otro mundo es
lo que he querido en este mundo*

Xavier Zubiri

LA MUERTE, PROBLEMA, MISTERIO O AMBOS, Y SU RELACIÓN CON EL MAL.

Pedro Velderrain

Claro que la muerte es un problema. Si no lo fuera, la lista de filósofos, biólogos, médicos, antropólogos, y hombres de toda raza y credo que han escrito sobre ella no sería tan abrumadoramente larga. Pero dependiendo de la óptica con la que se observe, es la índole percibida acerca del mencionado problema. Si lo vemos como algo que hay que resolver, tenemos dos opciones: la de la sociedad positivista y pragmática que se acerca a la medicina antienviejecimiento, a los productos “milagro” y a los estilos de vida tendientes a la longevidad que sin resolver el problema nos hacen creer que estamos trabajando en ello, y la del cristianismo filosófico y paralelo a éste, la de cualquier otra religión, que igual le da vueltas al asunto para aterrizar en el hecho de que la muerte vino a convertirse en un problema existencial cuando Cristo murió y resucitó. La muerte era más sencilla antes de la resurrección. Mi padre, ateo gracias a Dios, no quiere ser cremado porque luego, según dice: ¿cómo va a resucitar?

Problema porque ocupa lugar en la soledad de nuestros cuartos, en el pensamiento de cada uno de nosotros, y toca nuestra intimidad muy en especial desde la primera pérdida cercana (padres, abuelos, hijos) para no abandonarnos nunca. Aún no siendo letrados en el tema, le buscamos una explicación benevolente en la conciencia de su inexorable y definitiva acción. Y es ahí donde la gente práctica se

referiría a “este cuerpo que se han de comer los gusanos”, y el creyente apelaría a su personal interpretación de la inmortalidad. Sabemos de que hablamos: cesación de las funciones orgánicas del cuerpo. Irreversible. Vaya que si es un problema. Pero en el sentido espiritual, incluso en el mental, es un misterio.

En la vida diaria nos referimos como misterio a algo que no tiene explicación, secreto, inaccesible, sin embargo, cuando el cristianismo tomó del griego el término *mysterion* éste simbolizaba los ojos y labios cerrados del que ignora, o más bien, del que va de la ignorancia hacia la luz, conservando la imposibilidad de revelárselo a los no iniciados, así como la dificultad para explicarlo de manera verbal. Si por su parte el problema es susceptible de ser resuelto trabajando en un conjunto de datos, el misterio es *meta-problemático*, un problema que rebasa sus propios datos, una cuestión que suspende el conocer. Todo aquel que se acerca o intenta acercarse al misterio, es un místico. En el sentido teológico se aplica el término místico a las verdades inefables, ocultas, propias de un conocimiento íntimo de Dios. De la muerte, siendo misterio, y no habiendo muerto, sólo podremos expresarnos y reflexionar con ese lenguaje paradójico peculiar del místico al referirse a su experiencia y transmitir como diría Louis Massignon, su “conocimiento experimental de lo sagrado”. Ahí es donde quienes escriben filosofía y antropología de la muerte hacen misticismo, desplazándose en la frontera de las palabras. De manera única y por la gracia divina, el privilegio de la Palabra dictada por Aquel que ha vuelto de la muerte, lo tiene el cristiano. El cristiano hace misticismo al llamar a la muerte “pascua”, “nacimiento” a la vida eterna, o como Pablo de Tarso “una ganancia”. Una gran diferencia entre morir para vivir en una nueva tierra y en un nuevo cielo, o ser materia que sólo se transforma en el espacio infinito curvo estirado o doblado, cada vez menos misterioso y nada “místico”, descrito por las ciencias de la naturaleza.

"La niña es un verdadero diablillo,

que viene a acariciarme deseándome la muerte:

"¡Cómo me gustaría que te murieras, mamáita...!"

La riñen, y me dice: "¡Pero si es para que vayas al cielo!"

¿No dices que tenemos que morirnos para ir allá?"

Y cuando está con estos arrebatos de amor, desea también la muerte a su padre".

Carta de su madre, referida en los

Manuscritos autobiográficos de Teresa de Lisieux

LA MUERTE, COMO DEFINICIÓN FINAL DE LA VIDA

Hay, según los filósofos, muchas variedades de muerte, pero para fines de este trabajo simplificaré mencionando la mala muerte y la buena muerte. Cuando en la muerte vence el amor que se entrega a la vida y culmina, puede ser lógica la infantil actitud de la pequeña Santa Teresita del Niño Jesús y del Divino Rostro deseando la muerte en gracia de sus padres como vehículo seguro de arribo al Reino de Dios. Por otro lado la mala muerte, la que sigue al pecado, la que remata una mala vida. Y, ¿qué es el mal?. Si hemos sido creados a imagen y semejanza divina y Dios es amor, todo lo que nos aleja del amor, todo lo que no nos lleva a la felicidad es, en diversos grados, mal. La imitación de Cristo lleva a una buena muerte, digna muerte, bendita muerte, el mal a una muerte sin sentido de salvación. Sin tener evidencia sensible de lo que pase más allá en el tiempo y espacio, la doctrina y la tradición católicas cuentan con la promesa de un Reino en el que el justo gozará de la Visión Beatífica. Pocos hemos hecho de nuestra vida imitación de Cristo como para poder decir con la Santa de Lisieux *"En realidad, me da igual vivir que morir. No entiendo bien qué podré tener después de la muerte que no tenga ya en esta vida. Veré a Dios, es cierto, pero en cuanto a estar con él, ya lo estoy completamente en la tierra"*. Estamos más bien en el caso de la lamentación del Santo de Ligorio *"Mas, ¿cómo pueden los mundanos esperar muerte feliz viviendo, como viven, entre pecados, placeres terrenos y ocasiones peligrosas?"*. Lo aclaró en pocas palabras: *"Lo que viviendo no se hace, difícil es hacerlo al morir"*. La vida es preparación para la muerte y su definición. Tenemos la promesa *"Porque tuve hambre, y me disteis de comer"* Mt 25:35

Es viviendo, actuando en responsabilidad y libertad, como hacemos bien, tanto como mal. Tenemos efectos sobre otros y debemos de asumir responsabilidades sobre ello. El mal como tal no tiene que ver con azar o destino, es una acción dañina proactiva. Durante la vida muy pocas personas desarrollan esa capacidad interna de recordar y pensar los diálogos internos y recomendaciones morales desarrolladas para evitar el mal de manera consciente y constante, con lo que arriesgamos el llegar a la muerte con una carga de infidelidad y traición a nuestros principios éticos. El mal y la muerte son una pésima combinación, incluso al margen de consideraciones religiosas. Sin involucrar a la conciencia sino al debate del yo consigo mismo para definir lo correcto, el mal nos llevaría al incomodísimo final conflicto de haber actuado contra la convicción propia, asunto mayor para el espíritu que de no ser resuelto en vida, marca la autoevaluación en cercanía de la muerte. Una buena vida puede tener en términos prácticos una mala muerte, pero es difícil si no imposible suponer una buena muerte para una mala vida. Para que un malhechor se suponga en paz consigo mismo precisaría la excusa de la legalidad, la ausencia del diálogo interno, y la convicción incluso en retrospectiva de haber cumplido con su deber. Llegar a la muerte con dicha carga es el extremo de la deshumanización, la banalización del mal. Ningún hijo de Dios debería de vivir para morir ignorando la ética por motivos legales o políticos. El mal duele tanto a la víctima como al perpetrador, y el mal banalizado causa dolor sin un sentido salvífico. Un dolor vano que no sana heridas.

Habría que diferenciar entre el sufrimiento físico y el sufrimiento moral para poder entender la relación entre una buena vida y una buena muerte sin importar lo físicamente "mala" que la muerte *per se* pudiera parecer, o la circunstancia que una muerte particularmente sufriente en lo físico pudiera insinuar al ignorar el sentido salvífico del dolor. No siempre hay paralelismo entre el dolor del cuerpo y el dolor del alma. El dolor, el sufrimiento, es siempre una prueba para quien lo sufre pero también es al mismo tiempo una invitación para la misericordia (del prójimo, de Dios). Es una llamada para la reconstrucción del bien en el sujeto, y es un abreojos a la visión divina del Amor como vencedor del sufrimiento y de la muerte, mala o buena. El cristiano tiene la Palabra que lo afirma en muchas ocasiones. El justo Job

dice en medio de su agonía: “yo se que mi redentor vive y al final se levantará sobre el polvo. Y después de deshecha mi carne, aún en mi carne veré a Dios”. Pablo a su vez “Suplo en mi carne lo que le falta a las tribulaciones de Cristo...”.

Las palabras en el diálogo de Cristo con Nicodemo: “*Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna*” nos dan la clave del sentido que deberíamos de tener de la vida, definitivo salvífico y sellado con Su preciosa sangre, y de la muerte como punto en donde llegamos a la irrenunciable cualidad de hijos salvados. Citando la Carta Apostólica Salvifici doloris de SS. Juan Pablo II “ *El hombre muere cuando pierde la vida eterna. Lo contrario de la salvación no es, pues, solamente el sufrimiento temporal, cualquier sufrimiento, sino el sufrimiento definitivo: la pérdida de la vida eterna, el ser rechazados por Dios, la condenación.* “. No siendo la muerte un sufrimiento, y al caer en el dominio de Cristo, quien es el único capaz de abarcar con su acción salvadora la medida del mal contenida en cada acto, del mal total, del sufrimiento personal y total de la humanidad, la muerte es la suma de la vida y la aritmética de la vida tiene su resultado en la muerte.

Superar el sentido de inutilidad del sufrimiento, incluso del mal, y sobre todo, de la muerte, es una consecuencia de la cruz. La muerte, por definitiva, es dramática, enigmática, pero ese enigma se ilumina por Cristo y en Cristo, con su resurrección. Y como se lee en la Antigua Homilía sobre el grande y santo Sábado, nos dirá como al padre Adán en los Infiernos: “*A ti te mando: «despierta tú que duermes», pues no te creé para que permanezcas cautivo en el Abismo; «levántate de entre los muertos», pues yo soy la vida de los muertos. Levántate, obra de mis manos; levántate, imagen mía, creado a mi semejanza. Levántate, salgamos de aquí porque tú en mí, y yo en ti, formamos una sola e indivisible persona.*”. Que así sea.

BIBLIOGRAFÍA

Bonete E. “Aranguren: sentido ético de la muerte” (2008) Revista de hispanismo filosófico. No. 13, 75:89

Lunuel A. "Gabriel Marcel y el misterio ontológico". (1956) Revista de la Universidad de México No. 6 p. 4

De Paz M. "Lenguaje y experiencia en la mística judía". (2008) Universidad Complutense de Madrid. España. Tesis doctoral Recuperada de: <http://eprints.ucm.es/8069/2/T30435.pdf>

Sta. Teresita del Niño Jesús y del Divino Rostro. El cuaderno amarillo de la Madre Inés. Últimas anotaciones. 15 de mayo (1897). Recuperada de: http://tusiervoescucha.com/santos/teresita/ultimas_conversaciones.pdf

San Alfonso María de Liguorio. Preparación para la muerte. Recuperado de: <http://tusiervoescucha.com/documentos/ligorio/preparacionparalamuerte1.pdf>

Kottow M. Maleficencia y la banalidad del mal. Una reflexión bioética. Rev Latinoam. Bioet (2014) 14:1 38-47

S.S. Juan Pablo II. Carta Apostólica *Salvifici doloris*. (1984) Cd. Del Vaticano. Recuperado de:

http://www.vatican.va/holy_father//john_paul_ii/apost_letters/documents/hf_jp-ii_apl_11021984_salvifici-doloris_sp.html

Descenso del Señor a los infiernos. Recuperado de:

http://www.vatican.va/spirit/documents/spirit_20010414_omelia-sabato-santo_sp.html